

se manifiesta en cada línea la idea de poseer en el cristianismo una nueva religion que pedía de sus individuos, como de las naciones, una ley ó costumbre propia: «No hay judío, ni griego; no hay siervo ni libre; no hay varón ni hembra: porque todos sois uno en Jesucristo.» «Ni la circuncision es nada, ni la no circuncision, sino la fe que obra por la caridad.» En las cartas á los corintios tuvo presente Pablo la imágen de la comunidad ideal y la compara con el cuerpo del Mesías, en el cual á cada miembro toca una mision para la conservacion del cuerpo entero; así dice: «Porque así como el cuerpo es uno, y los miembros son miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un cuerpo, del mismo modo es Cristo. Porque en un espíritu somos todos bautizados en un cuerpo, judíos ó griegos, siervos ó libres, y todos hemos sido creados de un mismo espíritu.» Despues explica esta hermosa parábola en diferentes sentidos: los miembros han de ser diferentes; de otra manera su conjunto no constituiría un cuerpo; los miembros se necesitan mutuamente; los mas débiles son á menudo los mas necesarios, y del bien y del mal de un solo miembro participa todo el cuerpo. Mas adelante defiende ante los corintios con palabras exasperadas su autoridad, señalando las penalidades y peligros de su vida de misionero.

Todas estas luchas hicieron desear á Pablo una reconciliacion con Jerusalem. Reunió con gran celo contribuciones para los pobres, como habia convenido en su entrevista con los apóstoles primitivos; esta reunion de recursos se atrasó justamente á consecuencia de la tirantez que habia entre Pablo y los apóstoles; pero finalmente Pablo llegó con los fondos y con los representantes de las comunidades que los habian juntado, desde Corinto á Jerusalem. Antes habia escrito á Roma, á donde pensó ir desde Jerusalem al pasar á España: «Ruégos, sin embargo, hermanos, por Nuestro Señor Jesucristo, y por la caridad del espíritu que me ayudeis orando por mí á Dios. Que me libre de los rebeldes que están en Judea, y que la ofrenda de mi servicio sea accepta á los santos en Jerusalem.» En su viaje á Jerusalem despidióse en Mileto de los ancianos de su comunidad de Efeso, como si presintiese que no volvería á verles jamás. En Tiro y en Cesarea le predijeron que seria preso. En Jerusalem se alojó en casa de cristianos de su mision; y al día siguiente de su llegada fué á ver con sus compañeros á Santiago, al cual entregó lo recolectado. Allí encontró á los mas ancianos de la comunidad primitiva, menos á Pedro y Juan, que ya no estaban en Jerusalem. Pablo fué bien recibido por los de Jerusalem, pero le exigieron una señal de su comunidad con su pueblo y le dijeron: «Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos hay que han creído; y todos son celosos de la ley. Mas fueron informados acerca de tí, que enseñas á apartarse de Moisés á todos los judíos que están entre los gentiles, diciéndoles que no han de circuncidar á sus hijos, ni seguir la costumbre.» Fué muy singular para Pablo, que hasta entonces habia encontrado el mérito de la religion cristiana en verse libre de la ley de Moisés por la muerte de Jesus en la cruz, la observacion que le hicieron en aquella reunion al hablarle de muchos que creían en Jesus como su Mesías y, sin embargo, eran observadores celosos de la ley de Moisés. Esto, por supuesto, era trastornar completamente la obra de Jesus, pues si aquellos cristianos estaban completamente persuadidos de los sermones de penitencia de Jesus, de la proximidad del juicio y del establecimiento del reino esplendoroso de Dios, no era posible que comprendieran la nueva vida que Jesus se habia esforzado en predicar y que habia hecho resaltar en todas sus expresiones, porque este ideal de ningún modo podia ser admisible para observadores celosos de una ley formada de 613 preceptos. De este extravío de la

comunidad cristiana primitiva tenian gran parte de la culpa las circunstancias; porque entonces todo tendía á la guerra nacional, y enfrente de los dominadores paganos los cristianos judíos eran involuntariamente judíos por la nacionalidad y la religion, á pesar de verse objeto del odio del clero judío y de tener que llorar entre las víctimas de la persecucion desde la muerte de Estéban, á Jacobo, hijo del Zebedeo, á quien habia hecho matar Agripa I. Además, tambien la comunidad de Jerusalem queria evitar todo nuevo motivo de persecucion, y finalmente no se hallaban en Jerusalem cuando tuvo efecto la entrevista Juan y Pedro, las dos columnas de la comunidad. De paso hay que notar que lo que la comunidad de Jerusalem habia perdido en calidad, lo habia ganado en cantidad, al parecer debido principalmente á los trabajos de Santiago; y lo que se refiere de éste posteriormente indica que era persona de talento, que supo atraer á la nueva religion un grandísimo número de judíos.

Pablo tambien, segun los apóstoles de Jerusalem, debia hacer las prudentes concesiones que ellos habian hecho; y le dieron á entender que no estaba mas seguro entre los cristianos de Jerusalem que entre los judíos. Por tanto le aconsejaron que se sometiera á una purificacion levítica con cuatro judíos de Jerusalem que se habian hecho cristianos. Además supo Pablo que la comunidad primitiva de Jerusalem habia hecho ya alguna diligencia para establecer una comunicacion entre ella y las comunidades de Pablo, á fin de hacer desaparecer el escándalo que estas comunidades ofrecian á los ojos de los judíos; porque le dijeron aquellos apóstoles: «Respecto de los gentiles que han creído, nosotros hemos escrito haberse acordado que no guarden nada de esto; solamente que se abstengan de lo que fuere sacrificado á los ídolos, y de sangre, y de ahogado, y de fornicacion.» Estas eran las exigencias mas suaves que solian imponerse á los gentiles que sin hacerse circuncidar querian participar del culto de los judíos.

Pablo, al verse tan separado de sus correligionarios, estuvo muy conmovido y consintió en todo; pero ya era tarde para esta concesion y no sirvió de nada. Habíase sometido con otros durante una semana á la purificacion y debia presentarse en el templo el sacrificio prescrito, cuando fué conocido por judíos de la provincia de Asia que le habian visto en la ciudad ir en compañía de Trófimo, pagano convertido al cristianismo. Estos judíos dieron voces diciendo que Pablo habia profanado el lugar sagrado por haber introducido paganos en el templo. Pablo fué arrastrado fuera del recinto sagrado, que fué cerrado tras él, y allí le habrian muerto los judíos fanáticos si no hubiese intervenido la guarnicion romana, que le prendió. Al día siguiente el sanhedrin recibió la órden de reunirse, comunicada por el comandante en jefe del castillo, y le fué presentado Pablo, el cual declaró ser todavía fariseo y que todo su crimen consistía en creer en un resucitado. Esto excitó gran tumulto, porque los fariseos admitian como posible la aparicion de un resucitado, pero los saduceos no, y entonces los jueces paganos, sin comprender nada de lo que trataban los otros, creyeron prudente conducir á Pablo al cuartel; y como aun así no parecia segura su vida, fué enviado con numerosa escolta á Cesarea. Dejaremos para el capítulo siguiente lo que de la vida posterior de Pablo pertenece todavía á la historia de Israel.

La comunidad cristiana de Jerusalem, por la actividad de Jacobo, se habia convertido en una secta judía, y como tal no tenia que sufrir ya persecuciones especiales. Además la religiosidad de sus individuos era intachable á los ojos de los judíos mas ortodoxos, tanto que Josefo al hablar de Santiago, el jefe de aquella comunidad, le concede el sobrenombre de el justo. Pero si bien Santiago estaba bien vistó por los

fariseos y su partido, no sucedía así con los saduceos, y para un clero ortodoxo es á veces mas peligroso un individuo muy justo á los ojos de este mismo clero, que un rebelde declarado. Así sucedió con Santiago, y antes de estallar la gran guerra con Roma, el sumo sacerdote, llamado Anás, aprovechó una vacante entre dos gobernadores romanos (Festo y Albino) para hacer condenar por el sanhedrin á Santiago y á otros á la muerte por lapidacion. Esto excitó tanto descontento entre los mismos judíos que Anás fué destituido. En lugar del difunto Santiago fué encargado de la direccion de la comunidad judío-cristiana de Jerusalem otro pariente de Jesus, llamado Simeon, hijo de Cleofas. Esta comunidad judío-cristiana, que ningun contacto tenia ya con

las comunidades gentílico-cristianas de Pablo, se conservó durante muchos siglos como secta judía. El porvenir del cristianismo se fundaba en la mision de Pablo, solo que no debe olvidarse la influencia que ejercieron en estas comunidades los trabajos misioneros de los cristianos primitivos que siguieron á Pablo á los países donde éste habia predicado. En esta influencia ninguna parte tuvo Santiago, sino Pedro, Juan, Felipe, Mateo y Marcos. A los trabajos de estos varones en el terreno preparado por Pablo, se debió que las comunidades gentílico-cristianas recibieran, no solamente un patron teológico de valor discutido, sino un ideal de vida de un mérito indudable, el de su Señor y Redentor.

Con esto la historia religiosa del pueblo israelita habia al-



Fachada de la iglesia del Sepulcro de María, en el valle de Josafat (en su actual estado)

canzado su fin. La religion que desde Moisés y los profetas habia procurado adquirir forma, quedó libre de sus barreras particularistas y pasó al mundo pagano en su estado mas sublime. Se habia encontrado el ideal de la humanidad, y solo faltaba inculcarlo en toda la humanidad.

CAPITULO VII

EL GOBIERNO DE LOS PROCURADORES Y LA DESTRUCCION DEL ESTADO JUDÍO

1. Los judíos en el imperio pártico. Prosélitos y apóstatas.

Durante el reinado de los herodianos ocurrieron á los judíos en el reino de los partos varios sucesos dignos de mencion. Dos hermanos judíos, Asineo y Anileo, naturales de Nearda á orillas del Eufrates, poco amigos de permanecer en su casa, prefirieron la vida libre é independiente de salteadores y reunidos con una cuadrilla de aventureros construyeron un castillo desde el cual cobraron tributo de los lugares vecinos, amenazando en caso de resistencia con el degüello de los rebaños y prometiendo á los que les prestaran obediencia su proteccion contra sorpresas enemigas de fuera. Tan numerosa llegó á ser su fuerza que el sátrapa de Babilonia tuvo que retirarse ante ellos. La valentía de los dos her-

manos gustó tanto á Artabano III, rey de los partos (reinó desde el año 12 hasta el año 42 de nuestra era), que no se fiaba de sus sátrapas, que eligió para gobernador de Babilonia justamente á uno de los dos, á Asineo, el mas enérgico, el cual cumplió su cargo con mucha habilidad por espacio de 15 años. Sucedió entonces que Anileo se casó con una hermosa mujer parta, la cual despues de casada continuó venerando á sus dioses á la manera de su pueblo, lo cual produjo entre los partidarios judíos de los dos hermanos grandísimo trastorno. Asineo reprendió á su hermano y la mujer de éste se vengó envenenando á su cuñado, cuyo puesto ocupó Anileo. Este viéndose ya mas poderoso saqueó los dominios de Mitrídates (1), yerno del mismo rey de Partia Artabano, y habiéndole hecho prisionero le mandó pasear desnudo montado en un asno. Mitrídates marchó despues con fuerzas mayores contra Anileo y su gente, y Anileo huyó á Nearda, su pueblo, donde fué sorprendido con los suyos una noche por los babilonios, probablemente mandados por Mitrídates, en cuya refriega perecieron Anileo y muchos de los suyos. A esta victoria de Mitrídates siguió una terrible persecucion de judíos, que emigraron en gran

(1) Quizás este Mitrídates habia sido nombrado por el rey sucesor de Asineo en el gobierno de Babilonia, continuando Anileo jefe de la banda de aventureros.

Cumano no había hecho justicia. Cuadrato resolvió enterarse personalmente del asunto en el lugar de los sucesos. Dirigió se á Samaria, donde hizo morir en la cruz á los prisioneros que había hecho Cumano, y despues se trasladó á Lida, donde condenó á muerte á un tal Dorto y otros cuatro individuos como autores de la rebelion. Además envió á Roma para ser juzgados allí á un gran número de personas comprometidas en el asunto, entre ellas al mismo procurador Cumano, al tribuno Celer, que por su ferocidad se había hecho odioso, al sumo sacerdote reinante Ananías, á su hijo Anano, al ya citado ex-sumo sacerdote Jonatán y á los jefes de los samaritanos. Hecho esto se convenció personalmente de la celebracion pacífica de una fiesta religiosa en Jerusalem y se volvió á su capital Antioquía.

En Roma los judíos encontraron un solícito abogado en Agripa II, el jóven rey de Calcia, que al parecer se hallaba mas á gusto en la capital del mundo que en su reino, el cual por lo demás tampoco debía de echar de menos á su rey. Agripa II logró por influjo de la emperatriz Agripina que el emperador Claudio absolviera á los judíos. Cumano fué desterrado, muchos samaritanos fueron ejecutados y el tribuno Celer fué enviado otra vez á Jerusalem con órden del emperador de ser arrastrado por las calles hasta dejarle muerto, sentencia que si hubiera sido inspirada por Agripina, habria sido digna de la madre de Neron.

3. Los procuradores Félix, Festo, Albino y Gesio Floro.

Claudio nombró para el gobierno vacante á Félix, hermano del liberto Palas, que con la emperatriz y algunos otros libertos tenia en sus manos casi todo el gobierno del imperio. Esto sucedió en el año 52 de nuestra era, y poco despues el emperador Claudio cambió la posicion de Agripa II, que al parecer solicitó mas poder en Palestina. Claudio le dió en lugar del reino de Calcia la tetrarquía de Filipos con algunas comarcas limítrofes por el lado Norte, á cuyos territorios añadió mas adelante Neron á Tiberiade, Tariquea y la Julia con 14 pueblos pertenecientes á estos distritos.

El nuevo procurador Félix creyó hacer bien emparentando con la familia herodiana, y le gustó particularmente la hermana de Agripa II, Drusila, esposa de Aziz, rey de Emesa, que se había hecho judío por amor á ella. Esta circunstancia no arredró á Félix, el cual la solicitó por esposa por mediacion de un mago, llamado Simon y natural de Chipre. Drusila fué tan liviana que abandonó á su marido y se casó con Félix. Sus dos hermanas no eran mas virtuosas pues la mayor de ellas, Berenice, viuda de su tío el rey Herodes de Calcia, vivió casi siempre en compañía de su hermano Agripa II, lo cual dió lugar á murmuraciones nada honrosas, y para hacer callar á las malas lenguas se casó con el rey Polemon de Cilicia, que por su amor tambien se hizo judío. Despues, cuando la infidelidad de su esposa le quitó la fe en la superioridad de la religion judía, abandonó esta religion al mismo tiempo que deshizo su casamiento. Mariamne, la menor de las tres hermanas, tambien había abandonado á su primer esposo para casarse en Alejandria con el alabarca Demetrio.

Félix pasó todo el tiempo de su gobierno luchando continuamente contra facinerosos é ilusionarios religiosos. Eleazar, hijo de Dineo, que durante el gobierno de Cumano había acaudillado á los sublevados, tuvo que rendirse á Félix, y éste para acabar mas pronto con los revoltosos se valió del recurso socorrido del asesinato. El sumo sacerdote Jonatán, el defensor de su pueblo ante el gobernador de Siria y ante el emperador, era para el procurador Félix un fiscal peligroso de sus actos, y como directa y públicamente nada podia contra él,

entendióse con un amigo del sumo sacerdote, á quien sobornó. Este traidor organizó la empresa alevosa; los asesinos entraron en la ciudad fingiéndose peregrinos devotos y en un momento de descuido hundieron sus puñales en el cuerpo del sumo sacerdote. El ejemplo del procurador encontró imitadores, y en el templo y en las calles se practicaba el asesinato, engendrando una desconfianza general. Los asesinos siempre diestros y falaces que fingían lamentar la desgraciada muerte de su víctima eludieron por lo general toda sospecha, y tan comunes se hicieron los asesinatos que el nombre latino de asesino (*sicarius*) llegó á ser corriente en Palestina.

A los facinerosos y asesinos se agregaron los ilusionarios religiosos, que pretendían revelar el porvenir y hacer milagros. Uno de ellos se llevó una gran multitud de crédulos al desierto, donde el seudo-profeta les había prometido que verian señales de su liberacion, pero donde en realidad fueron acuchillados por los soldados de á pié y á caballo de Félix. Otro, un egipcio, aseguró que desde el monte Oliveto haria caer con su sola palabra las murallas de Jerusalem, pero á los seiscientos crédulos que estaban con él les pasó lo mismo que á los otros, porque los que no perecieron acuchillados por los soldados fueron hechos prisioneros, menos el profeta, que supo ponerse á salvo. Al fin se juntaron en todas partes los descontentos y resolvieron que, pues la gente se sometía voluntariamente á la servidumbre romana, era preciso imponerle la libertad é independencia nacional á la fuerza. En su consecuencia se echaron las turbas sobre las casas de las familias acomodadas y sobre las poblaciones abiertas y las robaron y saquearon, de suerte que cada día se veían nuevos horrores.

Muy aflictiva era en particular la situacion de Cesarea, la capital del procurador, con su poblacion mixta de judíos y griegos que se disputaban el dominio. Los judíos, en cuyas manos estaba la riqueza, pretendian la administracion y gobierno de la comunidad diciendo que Herodes I, el rey del pueblo judío, había fundado la ciudad; pero la poblacion griega y pagana sostenia con razon que hasta Herodes había sido la ciudad antigua enteramente pagana, y que así la había considerado tambien Herodes despues de su reconstruccion, tanto que había elevado en ella templos á las divinidades paganas y erigido estatuas de estas. De parte de la poblacion pagana estaba tambien la fuerza armada. Los primeros choques entre ambas nacionalidades fueron sofocados con prisiones oportunas, pero luego hubo tumulto y verdadera lucha á pedradas y cabezas rotas. Félix trató en vano de apaciguar á los judíos, que llevaban la mejor parte de la lucha; y no queriendo estos dejarse convencer, mandó el procurador tropa contra los revoltosos, de los cuales muchos fueron muertos y otros hechos prisioneros. Las casas de los judíos mas ricos fueron saqueadas, hasta que Félix á fuerza de súplicas hizo cesar el saqueo.

No estaban mejor las cosas en Jerusalem, donde Agripa II haciendo uso de su derecho había nombrado otro sumo sacerdote, que era el vigésimo segundo desde la muerte del asmoneo Antígono, el sacerdote y rey. Todos los 22 sumos sacerdotes habían sido individuos de algunas contadas y encumbradas familias y por lo mismo podían y debían sufragar por sí propios los gastos de representacion, pero la ley no fijaba para los sumos sacerdotes cesantes sueldo ninguno, por lo cual estos últimos procuraron allegar á la fuerza las rentas necesarias, y así se originó cruda guerra entre los hombres que habían estado revestidos del cargo mas sagrado en la nacion judía. Estos hombres enviaron sus criados á cobrar de los labradores el diezmo que correspondía á los sacerdotes comunes y los diferentes bandos pelearon uno con otro á pedradas en las calles de Jerusalem.

El procurador Félix, que había tenido preso en Cesarea dos

años al apóstol San Pablo, ora fuese para sacar de él dinero, ora por no saber decidir un asunto de que no entendía, despues de haber evidenciado su ineptitud en los ocho años de su gobierno, fué destituido y reemplazado en el año 60 de nuestra era por Porcio Festo, nombrado por el emperador Neron. Los judíos trataron de presentar en esta ocasion queja contra Félix, como lo habían hecho contra Cumano en tiempo de Claudio, pero el liberto y privado Palas, hermano de Félix, le salvó del peligro. Los habitantes paganos de Cesarea lograron por medio de Burro, secretario de cámara de Neron, un edicto imperial favorable á sus pretensiones, lo que naturalmente aumentó la exasperacion de la poblacion judía.

Porcio Festo, el nuevo procurador, encontró á su llegada la mayor parte de las aldeas quemadas, el país infestado de salteadores y las ciudades llenas de asesinos. Envió al apóstol San Pablo á Roma ante el tribunal imperial, donde este varon poderoso desapareció de la historia. Agripa II se alojó en el palacio real de Jerusalem para restablecer la tranquilidad y el órden en esta ciudad. Se había creído que con esta apariencia de independencia nacional se calmarían los ánimos excitados; pero el rey quiso hacer todavía algo mejor y alzó sobre el palacio un nuevo piso, desde el cual podia ver el interior del templo. Esta innovacion y vigilancia era una cosa tan desusada, que los judíos, sin encomendarse á nadie, levantaron del lado occidental del santuario una pared que tapaba la vista no solamente desde el palacio real, sino tambien desde el terrado de los pórticos por aquel lado; de manera que tampoco podían observar el interior del templo los soldados colocados en los citados terrados en las grandes fiestas. Agripa y Festo pidieron el derribo de la nueva pared, á lo cual contestaron los judíos que nada del templo podían derribar, y pidieron permiso para enviar una embajada al emperador, cuyo permiso fué menester concederles. El sumo sacerdote y el tesoroero del templo fueron á la cabeza de la embajada y tanto gustaron á la emperatriz Popea Sabina, mujer tan viciosa como sentimental y devota, que á pesar de Festo y de Agripa consiguió de Neron que el muro de separacion levantado en un lado del templo quedara en pié. Con esta decision imperial quedó zanjada la cuestion; los diez individuos de la embajada, menos los dos jefes, regresaron á su país, mientras la emperatriz se quedó con el sumo sacerdote y el tesoroero, lo que por cierto no disgustó á Agripa II, que nombró un nuevo sumo sacerdote. El procurador Festo murió el año 62 y fué reemplazado por Albino, que tambien empezó su gobierno persiguiendo con gran rigor á los asesinos, los cuales muy pronto supieron calmar su foga y paralizar su brazo. En efecto, se apoderaron del secretario del opulento ex-sumo sacerdote Ananías (mejor dicho de su hijo) y declararon que no le darian libertad si el procurador no soltaba á diez asesinos que tenia presos. Ananías logró la libertad de los asesinos en cambio de buenos regalos que hizo al procurador, indemnizándose á su vez á la manera que hemos indicado, esto es, recaudando á la fuerza por su gente el diezmo perteneciente á los sacerdotes comunes.

Albino no quedó mucho tiempo en su puesto (desde el año 62 hasta 64), pero antes de dejarlo á su sucesor vació las prisiones, que estaban llenas, haciendo ejecutar á los presos ó dándoles libertad por un rescate. Esta última medida fué, segun el autor que seguimos, en extremo provechosa para el órden público.

Simultáneamente con Albino gobernó tambien Agripa II, que en los dos años de gobierno de Albino nombró nada menos que tres sumos sacerdotes, y si bien nada dejan traslucir los escritos de la época, no se puede menos de sospechar que el cargo de sumo sacerdote se compraba entonces

tambien con dinero. Originó una vez un gran alboroto un sumo sacerdote que hizo apedrear en ausencia del procurador, por simple decision del sanhedrin, algunos enemigos suyos, entre ellos quizás en la misma ocasion el apóstol Santiago, hermano de Jesucristo. A las bandas de las familias de los sumos sacerdotes que hacian de las suyas en Jerusalem, se agregaron las bandas de Costobar y Saul, dos príncipes reales, sin que Agripa II reprimiera sus demasías. Pero si nada hizo el rey en favor del órden público, intervino en el ritual del templo logrando una decision del sanhedrin á instancias de los cantores levíticos, que permitía á estos llevar la vestimenta de lino de los sacerdotes. Esto indujo á los levitas todos á aprender tambien los cantos, lo que Agripa les permitió, porque probablemente creyó calmar con estas concesiones los ánimos agitados de una grandísima parte de la poblacion. En cambio hirió con esto profundamente los sentimientos de todos los demás, que en medio de tantas calamidades y miserias se aferraban mas que nunca á las tradiciones antiguas. Entretanto surgió otro gran peligro: Hasta entonces habían continuado las obras del templo reedificado, ocupando mas de 18,000 trabajadores; pero estos quedaron sin recursos el día en que el templo estuvo completamente concluido. Se propuso entonces desmontar la sala de las columnas, construida de grandes bloques de mármol al Este del templo y en el fondo del valle del Cedron, y reconstruirla despues de haber alzado el emplazamiento con gigantescos trabajos de cimentacion. Agripa II encontró este proyecto demasiado costoso y en cambio hizo empedrar toda la ciudad con piedra blanca. Agripa II era por lo demás aficionado á edificar y no le arredraban los gastos, como lo probó en Cesarea de Filipos, cuyo nombre cambió por el de Neronia, en honor del emperador reinante. Tambien experimentó la ciudad de Berito, en Siria, la liberalidad del último rey de Judea, despues que su padre le había dado ya grandes pruebas de munificencia. Estos derroches no atraieron al rey, como es de suponer, el afecto de su pueblo.

A Albino sucedió en 64 Gesio Floro en el cargo de procurador, que debió á su mujer Cleopatra, amiga de Popea Sabina. Gesio Floro no persiguió á ningun criminal ni ningun crimen con tal que se le pagara; recogió lo que los otros habían dejado, convencido de que para el pueblo judío no había salvacion y de que lo mejor para él seria que empujado á la rebelion, sucumbiera de una vez en masa, en lugar de sucumbir individual y sucesivamente; y conforme á este modo de ver, procedió en su gobierno. Una vez llegó por la Pascua á Jerusalem el gobernador de Siria, Cestio Galo, el cual en breve se vió rodeado de tres millones de judíos suplicándole que se apiadara de su triste situacion; Cestio les contestó con afabilidad estando presente el procurador, que se sonrió, y aunque es posible que el gobernador de Siria censurara á Gesio Floro, lo cierto es que se volvió á Antioquía y el procurador, que le acompañó hasta Cesarea, cuando hubo quedado solo continuó observando la misma conducta que antes.

El emperador había dado razon á los habitantes paganos de Cesarea contra los judíos, y los primeros añadieron á su victoria la burla. El terreno que ocupaba la sinagoga pertenecia por desgracia á un pagano, el cual, para mayor mortificacion de los judíos, estableció al rededor de la sinagoga tiendas para industriales de oficios manuales que casi privaban el acceso á la casa de Dios. Los judíos acudieron al procurador dándole ocho talentos, que Gesio Floro aceptó y utilizó para un viaje á Sebaste (Samaria). Al día siguiente era sábado, y estando los judíos reunidos en la sinagoga, un pagano puso una olla boca abajo delante del angosto paso que daba acceso al templo y sacrificó encima de la olla pájaros.

número de la ciudad retirándose á Seleucia á orillas del Tigris en frente de Ctesifonte. Nearada era como Nisibe depósito central donde los judíos establecidos en el imperio partio guardaban el impuesto de medio siclo á favor del templo hasta que podía ser remitido el dinero á Jerusalem. En Seleucia vivieron durante cinco años los judíos y sirios, como semitas, en la mejor armonía en frente de la población griega de raza indo-europea, hasta que en el sexto año los sirios y griegos unidos cayeron súbitamente sobre la población judía y mataron cerca de 50.000 individuos. Los pocos que quedaron huyeron y se establecieron en Ctesifonte.

Si se examina este odio á los judíos que se manifestó en Siria, como antes se había manifestado en Alejandría y en otros puntos, se descubre que en todas partes fué producido por los mismos motivos: la religión monoteísta sin imágenes ni sacrificios, que parecía chocante al mundo pagano politeísta con sus muchos sacrificios; la observancia de las leyes de limpieza y pureza, que obligaba á los judíos á vivir en el extranjero separados de todos y de todo, y finalmente su afición al comercio y la habilidad que en él desplegaban. Esto los hacía ricos y excitaba la envidia.

Un gran triunfo celebró el judaísmo en el país de Adiabene en el reinado del mismo rey Artabano III de Partia. Izates, hijo de Monobazo, rey de Adiabene (súbdito del rey de Partia), había sido criado en el extranjero, donde educado por algunas mujeres había aprendido á apreciar y amar la religión judía. Muerto su padre, le sucedió en el trono gracias á las diligencias de su madre Elena, que también era adicta al judaísmo. Siendo ya rey quiso hacerse circuncidar para ser judío completo; su madre y su maestro judío le aconsejaron que no lo hiciese para no comprometer su posición; pero á pesar de esto, ejecutó su intento, por consejos de un tal Eleazar, galileo observador nimio de la ley. La madre, Elena, pasó poco después á Jerusalem, donde en ocasión de una hambre distribuyó abundantes socorros, como á su instancia lo hizo también su hijo desde su capital. Izates había dado ya otra prueba práctica del buen efecto producido por su conversión al judaísmo devolviendo la libertad á sus hermanos, á quienes su madre había mandado prender por precaución; Izates los hizo inofensivos enviándoles á viajar. Al poco tiempo ofrecióse también ocasión de prestar un gran servicio á su soberano Artabano III, que por segunda vez había sido destronado por sus sátrapas, los cuales en su lugar habían proclamado á Cínamo. Izates por medio de negociaciones, sin emplear la fuerza bruta, logró que Cínamo renunciara voluntariamente al trono y que Artabano fuera reconocido otra vez por rey. Muerto Artabano, en el año 42 de nuestra era, sucedióle Vardanes, y faltó poco para que entre él é Izates estallara una guerra, pero al poco tiempo, en el año 45, murió Vardanes asesinado. Izates rechazó victoriosamente un ataque de los árabes, pero se vió en mucho peligro en tiempo de otro rey de Partia, Vologeso I, que reinó desde el año 51 hasta el año 62 de nuestra era, y que quiso unificar su imperio sometiendo ó expulsando á los grandes vasallos. Afortunadamente para Izates le pasó á Vologeso lo que había pasado á Senaquerib delante de Jerusalem y tuvo que volverse súbitamente á su corte.

Estas contiendas con los árabes y con Vologeso reconocieron por causa en gran parte el descontento de los grandes de Adiabene con su familia real, porque también los hermanos del rey habían adoptado la religión judía. Muerto Izates, fué sepultado cerca de Jerusalem y poco tiempo después también su madre.

Si entre los prosélitos del judaísmo figuran como modelo un rey y su familia, tampoco faltaron á esta religión apóstatas régios. Hacía ya mucho tiempo que se sabía que la fami-

lia de Herodes era en el fondo adicta al paganismo y que si sus individuos observaban la ley judía, era por política. A la muerte de Herodes, sus nietos, viendo perdida la esperanza de conservar el trono de Judea, sacudieron el yugo molesto de los estatutos judíos. Los dos nietos de Mariamne, hijos de Alejandro y descendientes de las dos familias reales judías, la de los Asmoneos y la de Herodes, fueron educados en la corte de Agripa I, su pariente, como paganos, y Drusila, hija de Agripa I, rey de Capadocia, cuyo primer esposo Aziz, rey de Emesa, se había hecho judío por amor á ella, se casó después con el pagano Félix, procurador de Palestina. También hubo apóstatas entre los judíos principales de Alejandría, pues Tiberio Alejandro, uno de los procuradores paganos de Palestina nombrados por el emperador Claudio, fué hijo de Alejandro, el alabarca judío que estuvo preso en Alejandría durante la persecución de Calígula, y sobrino de Filon, el filósofo judío. Ya entonces sucedió lo que después ha sucedido siempre al pueblo judío: que tiene la conciencia de que por su religión está destinado á ser el faro del mundo, y sin embargo por su misma religión no puede presentarse ni moverse libremente entre los demás pueblos sin faltar á su ley. A esta ley faltó evidentemente el maestro judío del rey Izates cuando para disuadirle de su propósito de hacerse circuncidar, le expuso que si estaba decidido á practicar la ley judía, podía honrar y venerar á la divinidad sin ser circuncidado, y lo que importaba era honrar á Dios y no circuncidarse. En efecto, la circuncisión era tan precepto de la religión judía, como los demás preceptos molestísimos relativos á la pureza y otros. Para hacer accesible al mundo pagano la esencia eternamente sublime de la religión judía fué menester que el cristianismo con fuerza juvenil rompiera estas cadenas y ataduras materiales.

Mientras el apóstol San Pablo recorría con esta misión las poblaciones griegas, se acercaba en Jerusalem á pasos agigantados la destrucción de la independencia nacional del pueblo judío.

2. Los procuradores Cuspido Fado, Tiberio Alejandro y Cumano.

Bajo el gobierno de Agripa se había levantado el pueblo judío á cierta situación nacional cómoda y satisfecha. Agripa ya por su posición elevada y su crédito en la corte, ya por su severa observancia de la ley judía, que sabía conciliar con ciertas concesiones indispensables exigidas por la sociedad greco-latina en que vivía, era tan amado de su pueblo como odiado de las fuerzas romanas que guarnecían su país. Fué una desgracia trascendental que Claudio á la muerte de Agripa no se atreviera á cumplir la última voluntad de éste y á nombrar rey de Judea al hijo del difunto, Agripa II. Probablemente impidieron este nombramiento intrigas de militares y en su consecuencia Claudio puso á la cabeza de Palestina, declarada provincia de Siria, como antes se había hecho con el territorio de Arquelao, un gobernador romano con el título de procurador. El pueblo consideró este cambio como la caída, desde la altura de una independencia relativa, en la dura esclavitud. Claudio procuró suavizar esta impresión substituyendo al legado de Siria, Marso, que había visto con malos ojos la prosperidad de Palestina bajo la administración de Agripa I, con el cual había tenido divergencias por este motivo, otro llamado Casio Longino. Para contentar á Agripa II, el hijo del difunto Agripa I, se le dió la sucesión en el reino de Calcis cuando este trono quedó vacante por la muerte de su tío Herodes (la capital del reino de Calcis, llamada también Calcis, estaba situada al Nordeste de Apamea y al Sudeste de Antioquia), y como á este Herodes, fueron con-

cedidos á su sucesor el señorío sobre el templo de Jerusalem, los fondos y utensilios sagrados y la elección del sumo sacerdote. Esta concesión importante fué probablemente resultado de una necesidad manifiesta, pues que Cuspido Fado, el primer procurador de Palestina, se había empeñado en tener guardado en el castillo Antonia el traje de ceremonia del sumo sacerdote y en facilitarlo solo para las grandes fiestas. En efecto, desde el tiempo de Juan Hircano I, durante todo el tiempo de los Asmoneos había sido guardado este traje en el castillo; pero desde el reinado de Herodes I no eran ya el sumo sacerdote y el rey una misma persona, si bien continuó Herodes y continuaron sucesivamente Arquelao y los procuradores de Judea teniendo este traje bajo llave en su castillo, con lo cual demostraban en cierta manera su poder superior sobre aquel dignatario eclesiástico. Vitelio, el legado (gobernador) de Siria, cuando en el año 36 de nuestra era estuvo en Jerusalem entregó el traje á los judíos, que lo tuvieron hasta después de la muerte del rey Agripa. Llegó entonces Cuspido Fado y cometió la torpeza de reclamar de nuevo la custodia de las vestiduras sagradas; y para apoyar esta pretensión acudió hasta con un ejército el nuevo gobernador de Siria, Casio Longino. Este, cediendo á las vivas instancias de los judíos, les permitió, en cambio de rehenes, enviar una embajada al emperador, la cual á su debido tiempo regresó con la decisión imperial de que el asunto quedara como lo había dejado Vitelio. Esta decisión favorable se debió á la solicitud de Agripa II, y parece que entonces quedó también adoptada la resolución de confiar la dirección de los asuntos eclesiásticos del pueblo judío á los reyes herodianos de Calcis, y uno de estos Herodes, que murió el año 48, hizo uso de esta autorización dos veces, nombrando dos sumos sacerdotes.

Cuspido Fado concentró toda su actividad en devolver al país el orden y la tranquilidad. Cuando los habitantes de Perea tomaron las armas contra los habitantes griegos de Filadelfia (Rabat Amon) y mataron algunos, hizo prender á tres jefes de los sublevados y condenó al uno á muerte y á los otros dos al destierro (1). También se levantó un ilusionario religioso, el profeta Teudas, que entusiasmó á cierto número de personas decidiéndoles á pasar con sus equipajes el Jordan, prometiéndoles dividir las aguas y dejar el paso en seco. El procurador no esperó que las cosas llegasen á tanto, sino que envió contra el profeta y sus adeptos una partida de caballería que acuchilló á algunos y prendió á los demás. Al pobre profeta se le cortó la cabeza, que fué llevada á Jerusalem. No se sabe exactamente lo que este infeliz se había propuesto, si confirmar su pretensión de ser enviado de Dios ó si abandonar con los suyos la Palestina, profanada por los paganos, como Moisés abandonó con los judíos el Egipto.

Claudio, creyendo sin duda proceder muy discretamente, nombró en lugar de Cuspido Fado, ocupado en otro destino, á un apóstata judío, el ya mencionado Tiberio Alejandro, hijo de una de las familias judías más respetables de Alejandría. Muy poco se sabe de su gobierno. Una extraordinaria escasez y la consiguiente hambre que afligieron al país fueron aliviadas en parte por la caridad de Elena, la reina madre de Adiabene, y la joven comunidad cristiana de Jerusalem recibió de sus correligionarios de Antioquia un envío de víveres. Tiberio Alejandro hizo crucificar á los dos hijos del galileo Judas, que por el año 7 de nuestra era, en ocasión de hacerse el censo de la población ordenado por Quirinio, había fundado el partido de los celosos, en el cual se amalga-

(1) Un jefe de bandidos que hacía de las suyas en el Mediodía del país fué igualmente sentenciado á muerte.

maba el fanatismo fariseo con el nacional y de consiguiente podía llegar á ser peligroso para el dominio romano. Por esta razón Tiberio Alejandro debió de tratar de destruir este partido con la muerte de los hijos del fundador, aunque no pudo conseguir su objeto, como lo probaron los sucesos posteriores.

A Tiberio Alejandro sucedió en el cargo de procurador, por el año 48 de nuestra era, Cumano, bajo cuyo gobierno llegaron á un alto grado la irritación contra Roma y la inseguridad pública en Palestina. El procurador, durante la fiesta de Pascua, situó como era costumbre un destacamento de tropa sobre los pórticos de la plaza delante del templo, para mantener el orden. Al cuarto día de la fiesta un soldado á la vista de toda la asamblea de fieles cometió una indecencia capital, y la multitud irridadísima comenzó á gritar atribuyendo al mismo Cumano esta profanación del culto. Tan grande fué la agitación, que el procurador creyó prudente hacer marchar todo el ejército con sus armas y pertrechos al castillo de Antonia, en el ángulo Noroeste de la montaña del templo. Esta medida sin embargo, en lugar de restablecer el orden, produjo un pánico que hizo recordar la Pascua sangrienta de Arquelao á la muerte de Herodes el Grande. Todo el mundo se precipitó hacia las salidas, demasiado angostas, tanto que, según Josefo, perecieron en la confusión 20,000 personas. Poco tiempo después fué sorprendido y robado un esclavo imperial en la carretera; Cumano ordenó á la tropa hacer pesquisas en los lugares inmediatos, y un soldado que encontró en una casa el sagrado libro de la ley, fué con él á la calle y entre befas y burlas lo hizo pedazos á la vista de los judíos horrorizados. Esto exasperó al pueblo de una manera indescriptible, y como otras veces, acudió y se aglomeró en masas imponentes delante del palacio del procurador en Cesarea. Cumano, que comprendió la inutilidad de toda resistencia, hizo decapitar al soldado culpable del desorden; pero apaciguado así este conflicto, surgió otro que fué funesto para el procurador. Cierta número de galileos que se dirigían á Jerusalem para asistir á una fiesta religiosa fueron asesinados por samaritanos, de lo cual los nobles de Galilea dieron parte á Cumano, que ya fuese por soborno ó por otro motivo, no cuidó del asunto. Entonces los galileos y con ellos muchos judíos echaron mano á las armas para sacudir la ignominia de la esclavitud. Pronto encontraron dos caudillos, Eleazar, hijo de Dineo, y Alejandro que desde largo tiempo vivían en la sierra haciendo vida de bandoleros. Los sublevados atacaron y saquearon los lugares samaritanos abiertos, lo cual obligó á Cumano á intervenir y á marchar contra ellos con cuatro legiones, un escuadrón de caballería y los samaritanos, á quienes armó. Hubo encuentros en los cuales fueron muertos algunos judíos y hechos prisioneros muchos más; pero la sublevación amenazaba extenderse á toda la Palestina cuando la nobleza de Jerusalem apaciguó con su prudencia la excitación de los ánimos. Las bandas de voluntarios se disolvieron en pequeños grupos en vista de la superioridad abrumadora de las fuerzas romanas, y para no caer en manos de la justicia romana se retiraron á los montes y bosques, desde donde molestaron el país viviendo como salteadores. Con este resultado no se dieron los samaritanos por satisfechos, y se dirigieron á Umidio Cuadrato, gobernador de Siria, que á la sazón se encontraba en Tiro, pidiendo el castigo de los judíos por el saqueo de poblaciones pacíficas. Los judíos, conducidos por el antiguo sumo sacerdote Jonatán, hijo de Anano, nombrado por Vitelio, que solo había estado en su puesto un año, desde 36 hasta 37, siguieron aquel ejemplo, y presentaron su queja al gobernador diciendo que los samaritanos habían empezado el desorden matando á los galileos y que